

LECTURAS FEMINISTAS Y ESCRITORAS EN LOS 70. UNA APROXIMACIÓN A “LA MUJER” (SUR, 1971), SOMOS (1973-6) Y PERSONA (1974-5)

Feminist readings and women writers of the 70s. A approach to “La mujer” (Sur, 1971), Somos (1973-6) and Persona (1974-5)

Tania Diz*

RESUMEN

Somos y *Persona* son dos revistas fundamentales para acercarnos al activismo gay y feminista de inicios de los 70 en Argentina. Ambas están atravesadas por las lecturas del feminismo norteamericano y, además, por la compleja realidad política argentina de esos años. Entonces, un primer objetivo es el de reconstruir los idearios de ambas revistas, sus protagonistas, estéticas y hechos que fueron centrales. Unos años antes de estas, Victoria Ocampo arma un volumen especial de la revista *Sur* dedicado a la mujer. Entonces, me pregunto ¿cuáles son los hechos y las ideas que circulan en las tres revistas? ¿cuáles son los diálogos, tensiones y desencuentros que se tejen a partir de ellas tanto en relación al feminismo como al campo cultural, más específicamente, literario? La propuesta es, entonces, releer *Somos* y *Persona* a la luz de “La mujer”, con la hipótesis de que las tres conformaron un lugar de recepción y apropiación de la teoría feminista que se producía en los países centrales e introdujeron el debate acerca de la diferencia sexual en el ambiente literario.

Palabras Clave: Feminismo, los 70, Victoria Ocampo, Literatura argentina

* Professora do Instituto Interdisciplinário de Estudos de Género (IIEG) e do Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Universidad de Buenos Aires (UBA-CONICET). E-mail: taniadiz@gmail.com

ABSTRACT

Somos and *Persona* are fundamental to understand the gay and feminist activism of the 70s, Argentine. Two journals are crossed by the feminist theory of the USA and of the Argentine political crisis. So, a first objective is to reconstruct the ideals of both magazines, their protagonists, aesthetics and facts that were central. A few years before these, Victoria Ocampo creates a special volume dedicated to women. So, I wonder what are the facts and ideas that circulate in the three journals. What are the dialogues, tensions and disagreements that are woven from them both in relation to feminism and the cultural field, more specifically, literary? The proposal is to review this journals, with the idea that the three formed a place of reception and appropriation of the feminist theory that took place in the central countries and introduced the debate about the sexual difference in the literary environment.

Keywords: Feminist- 70s- Argentine Litterature- Victoria Ocampo

Introducción

El activismo *gay* y feminista de los 70 en Argentina se insertó en un contexto sumamente desfavorable: eran años de un *in crescendo* de la censura sobre las diferentes expresiones de la cultura, sumado a una creciente radicalización política y represión ligada al terrorismo de estado. A la vez, gracias a contactos y a quienes viajaban al exterior, llegaban al país las novedades del activismo feminista y *gay* de EEUU, Francia e Italia. Tanto los grupos de disidencia sexual – en su mayoría hombres que se reivindicaban homosexuales - como los grupos feministas estaban al tanto de lo que pasaba en los países centrales, accedían a los textos en su idioma original, los traducían, los leían de traducciones caseras, entre otras variantes. Por ello es que, para comprenderlos, es importante tener en cuenta que el activismo argentino está inmerso en la realidad sociopolítica local y, a la vez, en contacto con lo que está sucediendo en el exterior. Entonces, como ya había sucedido con *Un cuarto propio* de Virginia Woolf y *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir,

la teoría feminista foránea se lee casi al mismo tiempo que se publica en el Río de la plata.

Somos y *Persona* son dos revistas fundamentales para acercarnos al activismo gay y feminista de inicios de los 70 en Argentina. Ambas están atravesadas por las lecturas del feminismo norteamericano fundamentalmente y, además, por la compleja realidad política argentina de esos años. Entonces, un primer objetivo es el de reconstruir los idearios de ambas revistas, sus protagonistas, estéticas y hechos que fueron centrales. Unos años antes de estas, Victoria Ocampo arma un volumen especial de la revista *Sur* que contiene tres números y cuyo título es el tema del que se ocupa, “La mujer”. Entonces, me pregunto ¿cuáles son los hechos y las ideas que circulan en las tres revistas? ¿Cuáles son los diálogos, tensiones y desencuentros que se tejen a partir de ellas tanto en relación al feminismo como al lugar de la escritora en el campo cultural argentino? La propuesta es, entonces, releer *Somos* y *Persona* a la luz de “La mujer” (*Sur*, 1971), con la hipótesis de que las tres conformaron un lugar de recepción y apropiación de la teoría feminista e interviniieron en incipientes debates acerca de la diferencia sexual y el lugar de la escritora en el campo intelectual.

Sur es una revista cultural, predominantemente literaria, fundada y dirigida por Ocampo desde 1931. Desde su fundación y por varias décadas fue una revista central para pensar el canon de la literatura argentina, en ella escribieron Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Alicia Jurado, Julio Cortázar, por nombrar a los más reconocidos. En los 60 y 70, la revista ya no tenía la centralidad en el debate intelectual de antaño. La renovación de la crítica literaria, las consabidas discusiones sobre la relación entre la literatura y la política y la proliferación de revistas sobre literatura, trajo como consecuencia que *Sur* quedara estigmatizada como conservadora y/o reaccionaria, en los 70. Sin embargo, con sus crisis y dificultades, más esporádicamente, pero seguía saliendo. El volumen del que nos ocupamos es singular: Ocampo comenta al inicio la incomodidad que genera el tema ya que no se corresponde con otros números de *Sur*, debido a que tiene un abordaje más sociológico que literario. Quizás, podríamos decir que tiene, además, una impronta política clara y jugada pero, obviamente, que no es una revista activista y, como veremos más adelante, evita el contexto político nacional. Desde el

origen mismo, “La mujer” es muy distinta a las otras dos revistas ya que no sólo una es un volumen especial dentro de una revista cultural y las otras son revistas activistas propiamente dichas. Esto hace que posean estéticas, escenas de enunciación y lugares de circulación disímiles. Además, es un objeto extraño no sólo porque es y no es de la revista *Sur* y del activismo; sino porque su índice es muy heterogéneo. A modo de ejemplo, cito algunos artículos: “Tareas de la mujer en la India” por Indira Gandhi, “La mujer en las sociedades primitivas” por Alfred Métraux, “La emancipación de la mujer” por Alicia Moreau de Justo, “La mujer en la sociedad contemporánea” por Norberto Rodríguez Bustamante, “La mujer en el proceso histórico de la pintura” por Vicente P. Caride, etc. Los artículos están fechados y son del momento, excepto una crónica de Arlt de 1935 sobre el noviazgo moro en Marruecos. Además, el volumen contiene los resultados de dos encuestas. Una más sintética que contabiliza el conocimiento, acuerdo o disenso de las mujeres con temas relativos al feminismo y una más extensa dirigidas a mujeres profesionales. Finalmente, se tres documentos: la declaración de las Naciones Unidas, la declaración de Jerusalén y la declaración de las mujeres francesas.

Las revistas *Somos* y *Persona* pueden ser pensadas como hermanas debido a los vínculos que hay entre sus colaboradores, las afinidades ideológicas y los materiales comunes que ponen a circular. Ambas provienen del activismo- FLH (Frente de liberación homosexual), MLF (Movimiento de liberación femenina) y UFA (Unión feminista argentina) y cuentan con pocos números: *Somos* consta de 8 números editados en el período que va de diciembre de 1973 a enero de 1976 con una periodicidad irregular. *Persona* consta de 4 números editados en el período que va de junio de 1974 hasta febrero de 1975, con una periodicidad irregular también. La asunción del gobierno de facto el 24 de marzo de 1976, hizo que cesaran y/o pasaran a ser documentos de circulación clandestina.

Para reconstruir lo que hay detrás de las revistas, es necesario ir un poco más atrás en el tiempo: en 1972, en la revista *2001*, se publica una convocatoria al público en general, a reunirse para discutir sobre sexualidad. En ese encuentro se funda el grupo de estudio “Política sexual” y estuvo conformado por militantes de organizaciones políticas de izquierda, del FLH como Néstor

Perlongher y feministas tanto de UFA como del MLF - María Elena Oddone, Martha Migueles, Hilda Rais y Sara Torres, entre otras- (Trebisacce, 2011- Felitti, 2006). Las reuniones se hacían en el local que Oddone había alquilado para el MLF y para *Persona*; espacio que luego le prestaría a Perlongher para la hechura de *Somos*. En esas reuniones leyeron no sólo el libro clave del feminismo radical norteamericano que le da nombre al grupo- *Sexual Politics* de Kate Millet - sino también el *Informe Kinsey* y *La función del orgasmo* de Wilhem Reich, entre otros materiales. De estas reuniones surgían charlas que daban en otros lugares e incluso intervenciones públicas para visibilizar los prejuicios sociales que predominaban sobre la sexualidad, como comenta Felitti (2006).

Como dice Felitti (2006), el movimiento feminista y el homosexual tuvieron muchos puntos en común en una sociedad que en los 70, teme perder el control de la natalidad y de la moral ante el intento de escindir el placer sexual de la reproducción. Era fundamental, según la historiadora, contener la sexualidad dentro del matrimonio con el casi único fin de la maternidad y combatir tanto la homosexualidad como la sexualidad no reproductiva y/o fuera del matrimonio heterosexual. Sin ir más lejos, ante la caída de la tasa de natalidad, el gobierno de Onganía se ocupó de llevar adelante políticas controladoras y represoras destinadas a cuidar la moral, cuestión que casi no cambió con el triunfo del peronismo en 1973, ya que este gobierno prohibió la venta de pastillas anticonceptivas, sin ir más lejos. Como explica Felitti, este decreto no se cumplió plenamente pero sirvió para obstaculizar el acceso masivo a los métodos de anticoncepción de la época, sobre todo en los sectores más vulnerables.

El Frente de liberación homosexual (FLH) nucleaba varios grupos como *Eros* – en el que estaba Néstor Perlongher, *Nuestro Mundo*, *Bandera Negra*, *Safo* (que reunía a mujeres lesbianas), *Emmanuel* y *Católicos Homosexuales Argentinos*. Perlongher en esos años estaba muy comprometido con el activismo gay, había intentado acercarse a la izquierda sin éxito y luego se decide, inspirado por el *Gay power* de EEUU, fundar el FLH. La figura de Perlongher en el FLH y en la revista es central al punto que tiende a opacar a otros integrantes. Además, el activismo de Perlongher nunca deja de lado su herencia trotskista y uno de sus principios básicos tenía que ver con

la radicalización y la defensa de las relaciones anti jerárquicas cuestión con la que discute con la generación anterior de militantes, sin ir más lejos con los que hacen *Homosexuales*. (Rapisardi, 2008) Como cuentan diversos cronistas de la época, e incluso el mismo Perlongher, varios militantes del FLH intentaron acercarse a diferentes partidos y organizaciones políticas de izquierda de la época pero los rechazaron básicamente por prejuicios respecto de la homosexualidad; cuestión que explica la imposibilidad de diálogo entre la izquierda y el incipiente movimiento gay.

Por otro lado, las activistas feministas comenzaron a reunirse a finales de los años 60. Rosa (2014), a través del análisis de varios testimonios, reconstruye la historia de la Unión feminista argentina (UFA). Al inicio se reunían en bares de Buenos Aires, luego en un departamento en el barrio de Chacarita. Participaban María Luisa Bemberg, Leonor Calvera, Alicia D'amico, Sarita Torres, Marta Miguelz, Hilda Rais, Gabriela Christeller, entre otras. Rosa reconstruye las acciones del grupo que podrían sintetizarse en tres: las lecturas del feminismo teórico - *El segundo sexo* (1948) de Simone de Beauvoir, *La mística de la feminidad* (1968) de Betty Friedan, *Política sexual* (1969) de Kate Millet y *Escupamos sobre Hegel* (1972) de Carla Lonzi e incluso *Sisterhood is powerful: An anthology of writings from the Women's liberation movement* (1970) de Robin Morgan. Es decir que cuando varias de ellas se suman al grupo "Política sexual" ya tenían cierta formación teórica la que, a su vez, vez coincide con las lecturas de las que Victoria Ocampo acusa recibido al inicio de "La mujer", como veremos más adelante. En segundo lugar, los grupos de autoconciencia que eran reuniones de mujeres, coordinados por una de ellas alternativamente y en el que se leía un temario (Rosa supone que también traído de EEUU) que servía de guía para que cada una de las integrantes hiciera una exposición, refiriéndose a su propia experiencia. Los temas tenían que ver con cuestiones ligadas a la vida misma (la primera menstruación, la iniciación sexual, los vínculos familiares y laborales, la maternidad, etc.) pero focalizando en la vivencia de las mujeres con el objetivo de hacer visible la especificidad de lo femenino, cuestión que en ese momento fue bastante novedosa y transgresora. En tercer lugar, junto con integrantes del MLF que se forma en 1972 e incluso con integrantes del FLH, llevan adelante acciones activistas tales como las

volanteadas poniendo en crisis el ideal materno y mostrando ante el día de la madre u organizando conferencias e incluso participando estratégicamente en algunos lugares públicos. En esta línea, es casi imprescindibles mencionar los cortos *El mundo de la mujer* y *Juguetes* de María Luisa Bemberg en los que, como dice Rosa, se hace hincapié en tres temáticas - el cuerpo, el consumo y la maternidad - con una mirada contaminada tanto por la lectura de Millet como la de Firestone. No solo se leía bastante lo que venía de afuera sino que además había algunas publicaciones locales como las de la organización *Nueva Mujer* que en 1970 llega a publicar dos textos: *La mitología de la Feminidad* de Jorge Gissi y *Las mujeres dicen basta* en el que se compilán artículos de Isabel Larguía, Peggy Morton y Mirta Henault.

En el caso del MLF, existían tensiones y vínculos entre las feministas puras y las feministas que hacían una doble militancia. Tanto dentro de UFA como del MLF había diferentes posiciones y esto generaba polémicas y tensiones hacia adentro y hacia afuera. Como explica Trebisacce (2010), el ingreso del feminismo como tal dentro de las agrupaciones de izquierda también era difícil, a pesar de que había militantes de ambos bandos. Personalidades como Victoria Ocampo o María Luisa Bemberg, provenientes de familias de la oligarquía y con ideas reaccionarias bastante explícitas, no facilitaban la difusión del feminismo en los sectores de izquierda sino que, al contrario, abonaban la idea de que este era un movimiento burgués. De todos modos hubo algunos intentos, como la revista *Muchacha*, creada por militantes del PTS (Partido de los trabajadores socialistas) o el FLM (Frente de lucha por la mujer).

Ahora bien las feministas no sólo tienen diálogos y tensiones con las agrupaciones de izquierda sino también con una tendencia conservadora que provenía tanto del estado como de la sociedad de consumo y que proponía facilitarle la vida a la *mujer moderna* a través de diferentes novedades mayormente tecnológicas. Ante ello, Trebisacce propone que la feminista como sujeto político no se inserta ni en el proceso de radicalización política ni en la fuerte impronta modernizadora, lo que hace que esta se constituya en "un sujeto feminista ambiguo y peligroso para la izquierda militante." (Trebisacce, 2010: 49) En esta línea de análisis, se puede decir que no sólo para la izquierda, el sujeto feminista de los 70, es ambiguo y

peligroso sino que hay otro factor que explica ciertos temores de la izquierda local: varias feministas provienen de la burguesía e incluso defienden sus intereses de clase y ven con temor y prejuicios el avance de las agrupaciones de izquierda. En este sentido, el sujeto feminista que se puede reconocer en *Persona* y en el número dedicado a la mujer de *Sur* es bastante complejo, en él predominan los ideales de las mujeres de la burguesía que si bien detectan la posición subalterna de la mujer en la sociedad, no se asoman a otras subalternidades como las étnicas o económicas.

Un nombre

Las tres revistas de un modo u otro justifican sus nombres. En el caso de Ocampo, más que decir por qué, explica las dificultades que tuvo para defender el tema en el ámbito de la revista. Ocampo cuenta que hacía muchos años que intentaba hacer un número dedicado a la mujer pero que “no era un tema literario y poco interesaba a los hombres que conmigo compartían las tareas revisteriles.” (*Sur* 5). Así, “La mujer”, término bastante neutral puede decirse, es resistido por parte de los otros por ser un asunto menor o inadecuado. En cambio, tanto *Somos* como *Persona*, eligen nombres que afirman una identidad contra hegemónica y “nueva” en sentidos que iremos recorriendo.

En el caso de *Persona*, desde la editorial, comienzan por la pregunta: “¿Por qué Persona?”, y responden, entre otras cosas que “nos han negado a las mujeres la posibilidad de ser “personas, permitiéndonos solamente la socialización como objetos de y para consumo. Por eso, como símbolo premonitorio de nuestro final, elegimos PERSONA como nombre de nuestra publicación que, esperamos, cumpla nuestro requisito fundamental de información y desmitificación referido al ser humano MUJER.” (*Persona* Nro. 0, 1974: 3) La cita condensa la hipótesis de De Beauvoir – la mujer es *un otro* - con el consumo, cuestión que retoman tanto Millet como Friedan, en esos años. Es decir que la editorial fundamenta el nombre en la denuncia de la objetivación /deshumanización de la mujer. *Somos* da un paso más al elegir la primera persona del plural y así, justificar el nombre desde la certidumbre del derecho de aparecer, en

tanto nuevo sujeto político que discute con los presupuestos de las ideas de enfermedad y/o orientación que pesaban sobre la homosexualidad. Por supuesto que tanto *Persona* como *Somos* reflexionan sobre la construcción de identidades contra hegemónicas: ser “mujer” – emancipada, independiente, profesional –, y ser “loca/marica” o “chongo” (uso las comillas para indicar que son los términos que se usan en las publicaciones).

“La mujer” es un término objetivo, se refiere a un tópico como cualquier otro, aun cuando el volumen no se refiera solo a la mujer en algún aspecto sino que aludiera también al feminismo y a los movimientos de mujeres. A lo largo de la revista, se lee una variación descuidada entre el uso de “la mujer” y “las mujeres” y la referencia histórica que parece justificar la salida del número en 1971, es el Movimiento de liberación de las mujeres de EEUU. Sin embargo, predomina el uso del singular y ello permite traer a colación algunas cuestiones: en primer lugar, decir “mujer” supone marcar una diferencia respecto del hombre en la que se ponían en evidencia mecanismos de opresión, sujeción y discriminación que se fundaban en el hecho de ser mujer. En este sentido, el volumen cumple la misión de hacer visible de un modo muy heterogéneo, un tema del que tampoco había mucha información. La operación de Ocampo es la de mostrar y ocultar, a la vez. Muestra la cuestión feminista que no está aún muy presente en la sociedad argentina y toma postura con ciertos límites: nombra y renombra a Virginia Woolf y evita un nombre central que casi se adivina en las palabras que elige: Simone de Beauvoir. El problema de Ocampo con de Beauvoir es otro. No es muy arriesgado afirmar que Ocampo la había leído pero el problema es que ella nunca abandona su conservadurismo y está en contra de los movimientos de izquierda y, sobre todo de la Revolución cubana. Recordemos que hacía pocos años que la filósofa francesa junto con Sartre, pasara una temporada en Cuba, en un contexto de celebración y compromiso con esos ideales. En esta misma línea se entiende también que no haya ninguna mención a la situación socio política del país que estaba bajo un gobierno militar. La astucia de Ocampo es, entonces, la de evadir la coyuntura política nacional y las cuestiones de clase; y nombrar las consignas del feminismo anglosajón. Cito los enunciados en que se apropiaba de las demandas del feminismo: “En cuanto a la educación sexual, se la necesita.” (...) No creo (aunque lo

diga o no tenga conciencia de su situación) que exista mujer que no se haya tropezado con impedimentos en su carrera” (...) “En cuanto al control de la natalidad y el aborto, la cosa no es menos clara. Afirmo que algo que concierne vitalmente a la mujer, a su cuerpo, ha de depender principalmente de ella, la protagonista.” (...) “En cuanto al divorcio, no es un ideal, es una necesidad a veces.” (Ocampo, 1971: 15-16) No hay discusión respecto de que estas eran y siguen siendo cuestiones radicales que atraviesan la lucha feminista y que, más específicamente, aparecerán en los grupos que rodean a *Somos* y a *Persona*.

Por otro lado, decir “la mujer” es cuestionable al menos en dos aspectos: en primer lugar, porque al mostrar, impone un modelo - mujer blanca, burguesa - que oculta las diversidades étnicas y económicas, como mínimo. Es decir, “la mujer” prioriza demandas ligadas a la igualdad en términos liberales pero no apunta a cambiar cierto estado de cosas. El activismo feminista no lo desconocía y quizás esta sea algunas de las razones por las que el diálogo entre el feminismo y la izquierda era casi imposible en esos años. En segundo lugar, el término afirma la diferencia sexual binaria, generaliza un modelo homogéneo de mujer y niega cualquier atisbo de disidencia sexual. Si bien estas sí son cuestiones tempranas para la militancia de los 70; tanto *Somos* como *Persona*, desde los nombres, abren y complejizan el tema. *Persona*, como palabra, no porta binarismo ni esencialismo, aunque queda el residuo de la tercera persona. *Somos* arriesga más: asume la primera persona del plural sin marcas de género, es la enunciación del derecho a aparecer como se dijo antes. Ambos nombres visibilizan una identidad contrahegemónica y suponen una posición subalterna que buscan denunciar. En el caso de los homosexuales varones, a través de la revista, denuncian la persecución, censura y hasta asesinatos por homofobia; es decir que dan cuenta de una situación que podría pensarse con la idea de lo precario que propone Judith Butler (2017). La situación de las mujeres es diferente ya que se trata de abandonar un rol idealizado socialmente pero que proviene de las normas de género que lo han marcado así; para mostrar las tramas de sumisión y sometimiento que este lugar (de esposa o de madre, por ejemplo) suponen. Lo que es claro es que en tanto sujetos políticos, ambos luchan por aparecer, por eso la fuerza de la presencia que suponen los nombres. En las dos

revistas se leen las huellas de la historia que tienen en sus espaldas, el feminismo y la disidencia sexual, a la vez que intervienen con una demanda subversiva en años de represión: aparecer. Tanto la afirmación inclusiva de “somos” como la versión más objetivada de “persona” apuntan a sostener el derecho a ser reconocidos como sujetos políticos y desde allí ambos hacen tambalear la certeza del heterosexismo. Entre “mujer”, “somos” y “persona” la diferencia es que mientras la primera afirma un sujeto incuestionado, los otros dos términos apuntan a un sujeto que aún tiene que pelear su lugar en la arena política.

Vulgares, de interés y virulentas

Luego de que Victoria Ocampo se ocupara en los años 30 de hacer traducir y publicar *Un cuarto propio* en las páginas de *Sur* con pocos años de distancia con su versión inglesa y de que *El segundo sexo* tuviera lecturas y fuera debatido en los ’50 en el ambiente intelectual argentino, antes de que llegue la primera traducción al español al Río de la Plata; puede decirse que el ensayismo feminista se lee en el país casi contemporáneamente a su publicación en el lugar y lengua de origen. Como dijimos antes, los 70 no son una excepción: las producciones feministas de época son leídas, traducidas y circulan en los ambientes militantes y activistas. La figura de Ocampo vuelve a ocupar un lugar central: ella misma armó el índice de “La mujer” y gracias a sus contactos se publica, por ejemplo, un artículo de Mildred Adams, una periodista feminista norteamericana que protagoniza y narra lo que estaba pasando, bajo el título “El nuevo feminismo de los EEUU”. (1971: 55-62). También María Rosa Oliver que ya venía participando en organismos internacionales por los derechos de los jóvenes y de las mujeres, es testigo de las marchas feministas en EEUU. Es decir que las acciones y las teorías llegan de la mano de mujeres a las que Bellucci denomina muy acertadamente como “viajeras militantes”. Dice Bellucci:

Por más que esta clasificación parezca una entelequia, aunque reunirlas pueda parecer artificioso – por las diferencias naturales, que las hubo-, las viajeras existieron. Al caracterizar el perfil de estas argentinas de los 70, lo que

emerge es su condición de profesionales y universitarias y, además, su disponibilidad económica para viajar. (...) En líneas generales, trasladaban obras, acciones y pensamientos de otros continentes, otros idiomas, otras culturas. (...) Iban y volvían y también vivían por un tiempo en las “usinas” que generaban esos contenidos: Nueva York, San Francisco, Londres, Roma, Milán y París” (2018: 97-98)

Bellucci reúne bajo este rótulo a feministas tales como María Luisa Bemberg, Gabriela Christeller, Isabel Larguía, María Rosa Oliver y Victoria Ocampo, entre otras. Hilando más fino, creo que Ocampo es en verdad una precursora de este tráfico de novedades y de textos, ya que lo venía haciendo en *Sur* desde 1931. Pero más allá de ello, es gracias a las “viajeras militantes” que se lee y divulga el feminismo teórico. Sin ir más lejos, una rápida hojeada por *Somos* y *Persona*, deja la certeza de que el libro de cabecera era el que había dado nombre a ese mítico grupo: *Política sexual* de Kate Millet. *Persona* publica capítulos o partes de capítulos que ellas mismas traducen: “La cultura sexista”, “De lo económico y educacional”, “La fuerza del patriarcado”, “Mito y religión”. *Somos* solamente publica un manifiesto de la activista norteamericana, “Yo creo que la revolución sexual producirá los siguientes cambios” (Extracto de “Un Manifiesto para la Revolución Sexual” de Millet, publicado en *Gay International News* nº 3, 1972). Obviamente, ambas revistas toman varias de las consignas de Millet, como la crítica al patriarcado, la relación del sexo con el poder y la opresión y el llamamiento a un cambio que apunte a la liberación de las mujeres y a la libertad sexual. *Persona*, además, menciona algunas partes de *El segundo sexo* como “La pareja” (Nro.2, p 41) y publica “¿Qué es la liberación de las mujeres?” de Susan Sontag (Nro. 2 p.11).

Recordemos que Kate Millet publicó *Política sexual* en 1970 y fue traducido al español en 1975, en México. Unos años antes, en 1971, en la revista armada por Ocampo, Millet es una referencia contemporánea y se nombra el libro como lo más nuevo del pensamiento feminista. Millet, desde el feminismo radical, desconfiaba del reformismo y de lo establecido. Unos años antes de

que Foucault¹ proponga a la sexualidad como dispositivo de poder, Millet fundamenta la hipótesis de que la relación entre los sexos varón y mujer es una relación política de poder, más específicamente del poder del varón sobre la mujer en un sistema al que denomina patriarcal.

Su propuesta, y eso se lee en los capítulos traducidos en *Persona*, era no sólo visibilizar la opresión de género sino también la de clase y raza. Dos cuestiones que casi no tuvieron eco en la escena política local. Probablemente, estas ideas hayan sido las ideas que Ocampo considerara “virulentas”, al referirse a lo que se está escribiendo sobre el feminismo. Me refiero a que Ocampo en la presentación de “La mujer” advierte que es mucho lo que se está publicando sobre “la mujer y su revolución” y que hay obras “vulgares y chatas”, otras “de interés” y hasta obras “virulentas” (Ocampo, 1971: 14). Entre ellas, elige a las que considera más dignas de mención:

Citaremos *Sisterhood is powerful*, editado por Robin Morgan, y *The female mystique*, de Betty Friedan. Ambas obras que dan una idea sobre el ritmo de la revolución femenina en marcha en USA. Es vertiginoso. Italia parece querer entrar en el torbellino. Pero dejo ese tema para otras personas (aunque no sé si recibiremos las colaboraciones a tiempo para publicarlas. Ya no podemos esperar.) (Ocampo, 1971:14)

Sisterhood is powerful fue una antología que reunió las voces centrales del feminismo radical, Millet está entre ellas, y se editó en EEUU en 1970. Con una mirada más reformista sobre la sociedad, *The female mystique*, de Betty Friedan, se edita en 1963 y fue un best seller por varios años. Y además, está aludiendo al movimiento feminista italiano (Bellucci, 2018: 88), a grupos como *La Lotta Femmnista* o a los manifiestos de Carla Lonzi que se editarán al año

¹ Cabe aclarar que si bien la teoría sobre la sexualidad de Foucault ha sido muy útil para la teoría feminista, tempranamente las feministas advirtieron que el filósofo francés no percibió que el poder intervenía en el seno mismo de la diferencia sexual. Para más desarrollo, ver Federici (2011) citada en Bellucci (2018: 74). Posada Kubissa (2015) afirma, además, que la idea central de Foucault ya estaba supuesta en Política sexual de Millet y continúa analizando la revisión que, más adelante, hace Judith Butler del filósofo.

siguiente, con el nombre *Escupamos sobre Hegel*. Ocampo retoma en la presentación sus amores y sus recores, vuelve a contar sobre su amistad con Virginia Woolf, su participación en la Unión Argentina de Mujeres en pro del sufragio femenino, su encono con Eva Perón. Es decir, su participación en el feminismo argentino.² Recordemos que Ocampo fue de las pocas escritoras que muy tempranamente, en los 20, gritó la estigmatización que sufría por su condición de género y es quien trae, hace traducir y publica en las páginas de Sur, *Un cuarto propio* de Woolf en los 30. Lo dice pero no se queda allí, sino que además, sabe y transmite lo que está pasando en EEUU. Ha leído y juzga con tres adjetivos precisos: vulgares, de interés, virulentas. Así, sin activismo ni colectivo, pero aprovechando sus vínculos y relaciones, arma el volumen y confiesa: "hay hombres a quienes este número de Sur les parece *obsoleto*." "Hay intelectuales que consideran las preguntas de la encuesta demasiado *obvias*" (Ocampo, 1971: 14). Es porque, sigue ella, los primeros no ven la realidad y los segundos no entienden la magnitud de las cosas simples y fundamentales de las que se está hablando. Desde este lugar, el volumen permite hacer un recorrido que interpela a la sociedad desde el activismo feminista, me refiero no sólo a la presentación de Ocampo sino y también a los artículos de María Rosa Oliver y de Alicia Moreau de Justo, a la encuesta que ella misma comienza por responder y que luego hace tanto a mujeres comunes como a referentes de la cultura y, por último, a las tres declaraciones feministas que publica.

Escritoras en primera persona

Entonces, ¿qué diálogos e intercambios ha habido entre el activismo feminista y el campo cultural, en particular el literario, en esos años? La pregunta se inspira en una cuestión no directamente relacionada con la respuesta pero que considero que es interesante traer a colación: en los textos hoy leídos como clásicos del

² Para más desarrollo sobre la actuación de Ocampo, ver Arnés 2013, Cosse 2008, Salomone 2006.

feminismo, la literatura ha ocupado un lugar central, aunque de muy diversas maneras.

En 1929, Woolf se preguntó acerca de la escasez de escritoras en su biblioteca e inventó una biografía ya clásica, la vida de la hermana de Shakespeare para dar cuenta de algo que era nuevo a inicios del siglo XX: la desigualdad de condiciones de vida entre un sujeto de sexo masculino y uno de sexo femenino. Es lo que habían vivido – y percibido - en los 20, escritoras tan disímiles como Victoria Ocampo, Alfonsina Storni y Salvador Medina Onrubia. Sobre mediados del siglo XX, Simone de Beauvoir realiza un gran trabajo de investigación para explicar las causas de la opresión de una mitad de la población: las mujeres. Dedica una parte importante de su análisis a mostrar los modos de la misoginia o el paternalismo en escritores canónicos. Propone una serie de argumentos bastante pesimistas respecto de la mujer emancipada y dedica varias páginas a analizar las dificultades de la mujer escritora, en particular. Kate Millet, como dice Amícola (2011), hace una apuesta original al criticar con una perspectiva feminista la literatura contemporánea. Es interesante porque, por ejemplo, ante *Sexus* de Henry Miller - una novela que fue muy transgresora en aquél momento - Millet analiza las escenas sexuales para demostrar cómo prevalece la humillación y el sadismo por sobre el erotismo o la libertad sexual; haciendo evidente el modo en que se reproduce el sometimiento hacia la mujer. Y, por otro lado, ante *Diario de un ladrón* de Jean Genet, Millet destaca que Genet, en

Su crítica de la política heterosexual apunta hacia una auténtica revolución sexual, señalando un camino que es imprescindible explorar si se desea llevar a término cualquier modificación profunda de la sociedad. (1995: 65)

La revolución sexual para Millet iba en la línea de reconocer sexualidades que se desviaran de lo heteronormativo, cuestión que en el activismo feminista de los 70 no fue retomado sino que lo sería más adelante en el tiempo. Este parágrafo venía en relación a probar que estos textos, clásicos del feminismo, fueron pensados desde la literatura.

Como es de prever el caso argentino que fusiona cuestiones ligadas a la creación literaria y al feminismo es Victoria Ocampo: fue amiga de Virginia Woolf, se siente identificada con sus ideas sobre la

discriminación de la mujer e incluso arriesga ideas acerca del modo singular de escritura femenina en *La mujer y su expresión* (1936). Este número de *Sur* tiene que ser pensado, entonces, como un capítulo más de su reflexión feminista. Sin ir más lejos, en la presentación del número, ella misma alude a temas recurrentes en su obra como su relación con Woolf, el feminismo tanto en el plano nacional como internacional y el sexismo en el ámbito cultural. Estas son cuestiones transitadas por la crítica que nos permiten afirmar el temprano compromiso de Ocampo con el feminismo.³

Como vimos, la referencia que se reitera en las feministas de los 70 es la que proviene de EEUU, tanto por el Women's Liberation Movement como por las lecturas de Friedan y Millet. Parecen desconocer o haber olvidado la historia del feminismo argentino. Apenas si hay algunas apariciones esporádicas como un reportaje que en *Persona* se le hace a una sufragista argentina o las menciones que Ocampo y Oliver hacen de Eva Perón en relación al sufragio. Aunque sean apariciones marginales, es importante considerar las posiciones distintas de Ocampo y de Oliver frente a Eva Perón. Ocampo considera que otorgar el voto a las mujeres fue un gesto populista para obtener más votos y que el peronismo no reconoció a las mujeres que venían luchando por este derecho. En cambio, Oliver hace una lectura más distanciada y atravesada por el pensamiento feminista al decir “Aunque Eva Perón dijo que tomó esa decisión para aumentar el caudal electoral de su marido (que para ella encarnaba al pueblo) dudo que nos hubieran dado el derecho al sufragio por razones de justicia o de progreso los que después abolieron el divorcio, de un plumazo.” (Oliver, 1971: 123). Así, habilita una consideración positiva de Eva Perón al suponer que su acción impidió que el patriarcado limite el derecho de las mujeres, cuestión que sí sucedió luego. En el mismo volumen, Alicia Jurado, en “El camino que falta recorrer”, da cuenta de más lecturas al parafrasear a Mary Wollstonecraft, John Stuart Mill, Simone de Beauvoir y Viola Klein; y señala injusticias que están a tono con el feminismo de la época: el sometimiento de la mujer en zonas no

³ Para un acercamiento a la relación de Ocampo con Woolf y con el feminismo, leer Salomone (2006) y Cosse (2008)

urbanas o de menor nivel educativo, la responsabilidad total de esta frente a los hijos y al trabajo doméstico, la falta de acceso a puestos jerárquicos en el ámbito laboral o profesional. En síntesis, hace hincapié en la desigualdad de oportunidades, ideas muy cercanas al feminismo liberal. Ocampo, Oliver y Jurado tienen prácticamente las mismas lecturas, coinciden en una visión internacionalista del feminismo y desconocen o eluden cualquier alusión local al tema. Levantan las mismas consignas relativas a visibilizar la desigualdad entre los sexos, tanto legal como cultural. A diferencia de las otras dos, Oliver sí incorpora la necesidad de un cambio social radical, que supondría una sociedad más justa pero sin hacer referencia ni a la censura ni a los asesinatos que desde el estado se estaban cometiendo.

Ocampo, al armar el volumen, por un lado, publica artículos de escritoras conocidas en el círculo de *Sur* como Alicia Jurado, Marta Lynch o María Rosa Oliver y, por el otro, da lugar a voces conocidas como Bullrich o Pizarnik, junto con otras no tan conocidas, a través de un singular listado de firmas femeninas autodenominadas escritoras que acceden a comentar sus opiniones sobre las demandas feministas⁴. Ordenadas al azar, publicadas por tener algún vínculo o cercanía con Ocampo, este conjunto arma un pequeño mapa de la escritura de mujeres en los 70. La encuesta se titula “8 preguntas a escritoras, actrices, mujeres de ciencia, de las artes, del trabajo social y del periodismo” y propone que cada participación contemple todas las respuestas. Brevemente, a la pregunta acerca de si la mujer debe tener los mismos derechos que el hombre, se responde afirmativamente y en la mayoría de los casos se aclara que es importante sostener la diferencia sexual. En cuanto a la pregunta sobre si se cree que la sociedad debería reformarse, la respuesta mayoritaria es que sí, pero por cuestiones más generales (la injusticia, el bien común, por ejemplo) que a la larga beneficiarían a la mujer. En cuanto a la consulta respecto de la educación sexual, el divorcio y el aborto, las opiniones varían entre posiciones claramente

⁴ Margarita Aguirre, Mirta Arlt, María Angélica Bosco, Silvina Bullrich, Susana Calandrelli, Celia de Diego, María Esther de Miguel, Renata Donghi- Halperin, Inés Field, Julieta Gomez Paz, Adela Grondona, Beatriz Guido, Haydée Jofre Barroso, María Hortensia Lacau, Luisa Mercedes Levinson, Marta Lynch, Martha Mercader, Manuela Mur, Alejandra Pizarnik, Victoria Pueyrredon, Leda Valladares, María Esther Vazquez, Noemí Vergara de Bietti, María de Villarino

conservadoras que consideran que la realización de la mujer se da a través del matrimonio heterosexual y de la maternidad; y posiciones más progresistas a favor de estos temas. En cuanto a la pregunta sobre el conocimiento acerca de la lucha de las mujeres, algunas reconocen no saber nada, la mayoría dice que sí y menciona episodios feministas de los países centrales (EEUU, Inglaterra y Francia). Sólo en un caso se menciona a las feministas de inicios de siglo XX en Argentina. Me detendré en la única pregunta que alude a la experiencia propia, al decir: “Por el hecho de ser mujer, ¿ha encontrado impedimentos en su carrera? ¿Ha tenido que luchar? ¿Contra qué y contra quién?” (193) Si bien hay más respuestas que niegan haber vivido algún tipo de obstáculo, la división es bastante pareja. Ante el no, la respuesta más común es: “Nunca he encontrado impedimentos en mi carrera por el hecho de ser mujer. Solo he debido luchar, como luchan hombres y mujeres, por superarme a mí misma.” (Aguirre, 1971: 193) y tiene variaciones tales como que el ámbito literario es libre y personal, razón por la que no hay relaciones de poder, pero se reconoce que en otros ámbitos pueda haber discriminación; o bien que si la hubiera, es culpa de la mujer misma que no logra imponerse; o bien que se tuvo más dificultades con las envidias de las otras mujeres que con el paternalismo de algunos hombres. Entre las que responden que sí, están las feministas reconocidas como Ocampo que ha dejado bastante testimonio respecto tanto de las trabas como de los acosos que vivió por ser mujer. Luego, tras las respuestas de María Luisa Bemberg - “Fui educada para ser exclusivamente esposa y madre” (198) - y de Marta Lynch que se refiere a que los hombres consideran a las “mujeres como objeto de consumo de mercado” (232), se adivina el feminismo de Betty Friedan. En esta misma línea, varias respuestas aluden directamente al machismo de la sociedad y las hermanas Cossettini, respecto del magisterio, responden: “Los impedimentos para el acceso de la mujer a los cargos públicos importantes se debe en buena parte a la ignorancia del hombre” (206). Silvina Bullrich es la única que se refiere a las escritoras como un colectivo, asume el lugar de la escritora profesional y desde ahí denuncia la exclusión de las mujeres cuando son ellas quienes han escrito la mayoría de los *best sellers* de ese momento (habla no sólo de sí misma sino de Beatriz Guido y Marta Lynch, por ejemplo). O bien, con un guiño hacia Ocampo, dice que fue una mujer quien

fundó la más importante revista literaria de América Latina. Por eso concluye que: “La mujer no ocupará el lugar que merece mientras no estreche filas y acepte su fuerza, su cantidad y su calidad.” (204), Bullrich efectivamente excluida de los círculos intelectuales y, en cambio, con cierta presencia en los medios gráficos, produciendo novelas que eran un éxito en el mercado editorial; fusiona ideas impensadas en ese momento: que las escritoras se unan para reflexionar sobre su oficio y defender sus intereses.

Alejandra Pizarnik también responde la encuesta y dice que si bien ser mujer no le impidió escribir, considera que “una lucidez exasperada” la lleva a pensar que “haber nacido mujer es una desgracia, como lo es ser judío, ser pobre, ser negro, ser homosexual, ser poeta, ser argentino” (243). Esta enumeración que podría ser un verso, coloca a la mujer en relación con otros que también están en una posición de subalternidad. Es decir que reconoce en la mujer una condición menor equivalente a otras formas de discriminación comunes – judío, pobre, negro - junto con la de pertenecer al tercer mundo (argentino) - y escribir poesía. La serie es tan sintética y simple como transgresora ya que instala sujetos que están explícitamente elididos en el volumen y que llevarían a un debate localizado y más complejo sobre la cuestión. Los términos “pobre” y “argentino” suponen plantear la cuestión de las diferencias e injusticias de clase, mientras que “argentino”, además, llevaría a pensar en países dominados y dominantes, en los procesos revolucionarios de América Latina y las organizaciones políticas de esos años. “Homosexual” se acerca a otra zona negada en el volumen e incluso en el feminismo de los 70: la de la disidencia sexual y, así, el cuestionamiento a la heterosexualidad y al binarismo sexual; cuestiones todavía difíciles de pensar en esos años.

El vínculo entre *Persona* y el ámbito de la cultura está casi en su origen ya que la cineasta María Luisa Bemberg fue una de las fundadoras del MLF. En este sentido, puede pensarse que Ocampo y Bemberg, con el mismo origen de clase, una más cerca de la literatura y la otra del cine, aportaron, a través de su compromiso, a la difusión y divulgación de la cuestión feminista. Además, *Persona*, a través de una entrevista realizada quizás gracias a los vínculos con Bemberg, le da lugar a dos escritoras: María Luisa Levinson y Luisa Valenzuela. Madre e hija respectivamente, seguramente tanto por razones

biográficas como estéticas o ideológicas, ocupaban un lugar más bien secundario en el campo cultural de los 70. Levinson era una escritora cercana al grupo *Sur*, había escrito cartas de amor con el seudónimo Lisa Lenson en colaboración con Conrado Nalé Roxlo, había firmado una columna titulada “Secreteando con Lisa Lenson” e incluso un cuento con Jorge Luis Borges, “La hermana Eloísa”, y publicaba fundamentalmente en el suplemento literario de *La Nación*. Valenzuela estaba en los inicios de su hoy voluminosa producción ficcional, había publicado *Hay que sonreír* (1966) y *El gato eficaz* (1972) en esos años. Sobre este último, la autora comenta que ante la presentación de su libro en México, le hacen una entrevista en la que le preguntan si creía que había “escritores masculinos y escritoras femeninas” y ella responde que la cuestión biológica no se condice directamente con la escritura. Valenzuela responde de un modo similar a como lo hiciera Guido unos años antes en otra revista, *El escarabajo de oro*. Es decir que ante la aparición de una escritora, seguía siendo una preocupación masculina básicamente, el vínculo entre el sexo de quien escribía y la literatura. Sin ir más lejos, también en *El escarabajo de oro*, en 1967, Liliana Heker dedica un ensayo a la cuestión ante lo que ella denomina como fenómeno: literatura femenina. Valenzuela, además, ha estado en EEUU y afirma que “la escritora norteamericana es una luchadora por la liberación femenina” (*Persona* Nro.3, 1974: 41), en referencia al movimiento feminista y al *gay power* que tuvo más incidencia en *Somos*, sobre todo a través de Néstor Perlongher. La literatura tiene un lugar bastante central, en varios aspectos: en primer lugar, porque a través de las citas, arman todo un corpus de lectura que problematiza la cuestión homosexual: Jean Genet, Oscar Wilde, Safo. En segundo lugar, porque la publicación de un poema de Alejandra Pizarnik más la mención a la quema de libros y censura ante *The Buenos Aires affaire* de Manuel Puig permiten pensar en una tradición literaria rioplatense que impacta sobre la poética de Perlongher y, en un sentido más general, sobre cierta literatura que pone en crisis la heteronormatividad a partir de la problematización de subjetividades disidentes. Como dice Gasparri (2018), el pensamiento político de Perlongher es inseparable de una poética propia y esta misma idea podemos trasladarla a la revista que rezuma literatura y política a la vez. Recordemos que la revista abarca una etapa temprana de Perlongher pero que ya avizora

el escritor que va a ser: publica poemas y ensayos sobre lo que luego sería su objeto de investigación, la prostitución masculina. Lector muy temprano del feminismo, Perlongher construyó un pensamiento crítico que iba un paso más adelante respecto de lo que el mismo movimiento gay y feminista podían ver, por ejemplo, al alertar respecto del machismo que subyacía en el ámbito homosexual.

Además, una zona importante de la escritura de la revista es propiamente literaria ya que se publican varios poemas y cuentos breves, firmados con seudónimo. Las narraciones que se detienen en defender el derecho al amor en subjetividades fuera de la norma; pueden reconocerse dos líneas distintas: una es la del relato explícitamente sexual, a veces cerca del relato erótico- pornográfico y otras más cerca del humor. Esta zona de los relatos reenvía contemporáneamente a la estética vanguardista que predominaba en la literatura argentina de esos años, recordemos, por ejemplo, a *El frasquito* (1973) de Luis Gusmán o *El Fiord* (1969) de Osvaldo Lamborghini por no remontarnos a *La narración de la historia* (1959) de Carlos Correas. Aunque el escandaloso cuento de Correas también podría pensarse también en función de otro eje de los relatos que es el del amor romántico, con los paradigmas reconocibles del género (la mirada, el enamoramiento, el estar juntos, la conversación eterna, la esperanza de una vida en común, de una familia, hijos, etc.) en donde lo subversivo reside en que los protagonistas sean personas del mismo sexo. A modo de ejemplo, se publica un poema - “De las pasiones humanas” - firmado por Elsa en el que el yo poético es explícitamente femenino e imagina dos interlocutores: la mujer amada “y entonces quiero hablar de mis desvíos. /del aire en donde respiran mis poemas/ del amor guardado en el ropero/ (...) QUIERO HABLARLES DE VOS” y el resto de la sociedad que la condena: “Al más incoherente moralista/al más tonto “señor” del portafolio/ al millonario más resentido, a las “sanas familias del mañana”. En el poema predomina en verso libre y el uso de las mayúsculas y signos de admiración para acentuar lo que se dice, hasta llegar a un grito liberador - “-QUE TE AMO” !!!!!” – como una salida del closet. (*Somos* nro 1, 1973: 22-23) El lesbianismo si bien está explícito en el feminismo teórico de esos años, en Millet sin ir más lejos, no era lo más visible del activismo feminista.

Para finalizar

En conclusión, “La mujer”, *Somos* y *Persona*, con sus diferencias, han leído a las feministas radicales tanto europeas como norteamericanas y se han apropiado de consignas ligadas a la visibilización del trabajo doméstico, la asociación del cuerpo femenino con el consumo y la imposición de modelos de conducta en las mujeres. Si bien el activismo estaba encarnado en individualidades o en grupos pequeños; sentaron las bases del pensamiento feminista argentino vigente hoy en día. Y sin duda, a pesar de las diferencias, los y las activistas coinciden en una demanda básica ligada al ser, ser humanos y ser sujetos políticos. Por otro lado, se puede concluir que la reflexión feminista en el ambiente literario es aún menor, intuitiva y atravesada por múltiples variables. Como sucedía desde décadas atrás, la condición femenina en el ambiente letrado generaba ruido o sospecha, lo que se puede deducir de la recurrente pregunta por la “literatura femenina” dirigida a las escritoras. Estas, a su vez, llevaron adelante diferentes estrategias para estar en el ambiente. Pensemos en una subjetividad individual, que se destaca imperiosamente, como la de Ocampo; o bien la que es exitosa en el mercado o en los medios gráficos, como Marta Lynch o Silvina Bullrich; o bien aquella que se integra al ambiente como *uno* más, como Beatriz Guido o Liliana Heker; o bien la que piensa fuera del país, como Luisa Valenzuela. Estos nombres, junto con el de Pizarnik. Mientras tanto, en la ficción se suceden sexualidades, cuerpos y deseos que desafian los órdenes establecidos, incluso aquellos que el activismo todavía no explicita del todo; pero eso forma parte de otra historia.

Bibliografía

- AMÍCOLA, J. 2011 Kate Millet y *Las bostonianas* de Henry James en IIº Jornadas CINIG de Estudios de Género y Feminismos, pp.1-4.
- ARNES, L. 2013. Genealogías disidentes en (el) Sur en *Labrys, études féministes*.

- BELLUCCI, M. 2014. *Historia de una desobediencia: aborto y feminismo*. Bs. As.: Capital intelectual. 520 p.
- BESSE, J. TREBISACCE, C. 2013. Feminismo, peronismo. Escrituras, militancias y figuras arcaicas de la poscolonialidad en dos revistas argentinas en *Debate feminista*, vol 47, abril 2013, México, pp. 237-264.
- BUTLER, J. 2017. *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Bs. As.: Paidós. 247 p.
- COSSE, I. 2008 La lucha por los derechos femeninos: Victoria Ocampo y la Unión Argentina de Mujeres (1936) en *Revista Humanitas*, Vil. XXVI, pp. 131-149.
- FELITTI, K. 2006. En defensa de la libertad sexual: discursos y acciones de feministas y homosexuales en los 70 en revista *Temas de mujeres*, año 2, nro 2, 2006 pp. 47-67.
- GASPARRI, J. 2018. *Néstor Perlongher. Por una política sexual*. Rosario: Fhumiay ediciones. 180 p.
- KLOCKLER, G. – WILD, C. 2018. Revista Somos y la militancia homosexual en los 70 en revista *La Ventana* nro. 47, 2018, pp 353-367.
- MILLET, K. (1995 (1975)) *Política sexual*, Barcelona: Cátedra. 339 p.
- POSADA KUBISSA, L. 2015. El “género”, Foucault y algunas tensiones feministas en revista *Estudios de Filosofía*, 52, Univ. De Antioquia, pp.29-43.
- RAPISARDI, F. 2008. Escritura y lucha política en la cultura argentina: identidades y hegemonía en el movimiento de diversidad sexuales entre 1970-y 2000 en *Revista iberoamericana*. Vol LXXIV Nro. 225 Oct. – Dic. P. 973-995.
- Revista *Persona*, Nro. 0, Bs. As., Julio 1974; Nro. 1 Oct. 1974; Nro. 2, Nov. 1974; Nro. 3 dic. 1974; Nro. 4 enero 1975.
- Revista *Somos* N° 1. Bs. As.: Julio 1973, N° 2. Bs. As.: Febrero 1974, N° 3, Bs. As. mayo 1974; N°4, Bs. As. agosto/ septiembre 1974.
- ROSA, M. L. 2014. *Legados de libertad. El arte feminista en la efervescencia democrática*. Bs. As.: Biblos. 150 p.
- S/A. 1971. La mujer en *Sur revista bianual*. Nros. 326-7-8. Sept. 1970- Junio 1971. Bs. As.: Sur. 263 p.

- SALOMONE, A. (2006) Virginia Woolf en los Testimonios de Victoria Ocampo. Tensiones entre feminismo y colonialismo en *Revista chilena de literatura*, nro. 69, pp. 69-87
- SEBRELI, J.J. 1997. *Historia secreta de los homosexuales en Buenos Aires en Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*. Bs.As.: Sudamericana, 620 p.
- TREBISACCE, C. 2010. Una segunda lectura sobre las feministas de los '70 en Argentina en *Conflictos Sociales*, Año 3, N° 4.
- TREBISACCE, C. TORELLI, M. L. 2011. Un aporte para la reconstrucción de las memorias feministas de la primera mitad de la década del setenta, en Argentina. Apuntes para una escucha de las historias que cuenta el archivo personal de Sara Torres en *Aletheia*, 1(2). Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4812/pr.4812.pdf

RECEBIDO EM: 01/08/2018

APROVADO EM: 01/10/2018